

gun tiempo seguimos el camino de Tripolizza, y luego volviendo hácia Levante, penetramos en los desfiladeros de unos montes. Caminábamos con velocidad por debajo de un espeso arbolado, que nos obligaba de continuo á bajar la cabeza hasta el cuello de los caballos. En una de estas operaciones recibí en la cabeza un golpe tan violento de la rama de un árbol, que caí del caballo á mas de diez pasos de distancia casi sin sentido. Como el caballo continuaba galopando, no notaron mi caída mis compañeros de viaje; pero sus gritos, cuando volvieron á buscarme, me hicieron volver en mí.

A las cuatro de la mañana llegamos á la cima de una montaña, donde dejamos descansar los caballos. El frío se sentia tanto, que nos precisó á recurrir al fuego de una hoguera. No pude fijar el nombre de aquel sitio poco célebre en la antigüedad; pero, á mi parecer, debíamos estar inmediatos á las fuentes del Leno, en la cordillera del monte Eva, y poco distantes de Prasia, sobre el golfo de Argos.

A mediodía llegamos á una poblacion bastante grande, llamada *San Pablo*, cercana al mar, cuyos vecinos estaban ocupados en un acontecimiento trágico, que no dejaron de referirme.

Una jóven de aquel pueblo, habiendo quedado huérfana de padre y madre, y hallándose dueña de una pequeña fortuna, fué enviada por sus parientes á Constantinopla. A los diez y ocho años regresó á su pueblo, y hablaba el turco, el italiano y el francés, y la finura con que recibia á los extranjeros que pasaban viajando, hacia dudar de su virtud. A vista de esto tuvieron una reunion los jefes de los paisanos, y despues de haber examinado la conducta de la huérfana, resolvieron deshacerse de aquella jóven que infamaba la poblacion. Ante todo se procuraron la suma

que se paga en Turquía por el asesinato de una cristiana; luego, entrando durante la noche en casa de la jóven, la mataron á palos, y el hombre que esperaba la nueva de la ejecucion, fué volando á llevar al bajá el precio de la sangre. Pero lo que tenia en movimiento á todos los griegos de San Pablo, no era la atrocidad del hecho, sino la rapididad del bajá; porque éste, á la par que hallaba tambien insignificante aquel acontecimiento, y convenia en que habia recibido la suma señalada á un asesinato ordinario, observaba que la belleza, la juventud, los conocimientos y los viajes de la huérfana, le daban (como bajá de Morea) derechos indisputables á una indemnizacion; y en su consecuencia su señoría habia despachado el mismo dia dos genízaros para exigir una nueva contribucion.

La aldea de San Pablo es muy pintoresca; báñanla algunas fuentes que nacen á la sombra de unos pinos salvajes, *pinus sylvestris*. Allí encontramos á uno de aquellos médicos italianos que recorren toda la Morea, y me hice sangrar. Tomaba escelente leche en una casa, muy parecida á una cabaña suiza: estando en esta casa vino á sentarse á mi lado un jóven moraito; parecíase á Meleagro en su estatura y su traje. Los paisanos griegos no visten como los griegos de Levante que vemos en Francia; su traje consiste en una túnica que les llega hasta las rodillas, y que ciñen con un cinturon; esta túnica cubre sus largos calzones, y cruzan sus piernas desnudas las correas que sujetan las sandalias; en una palabra, fuera del peinado parecen á los antiguos griegos cuando no llevaban el manto.

Mi nuevo comensal, sentado como le habia dicho en frente de mí, seguia todos mis movimientos sin apartar la vista un solo instante con mucha ingenuidad. No hablaba una

palabra, me devoraba con los ojos, y alargaba la cabeza para mirar el fondo de la taza en que yo tomaba la leche. Me levanté y él se levantó también; me volví á sentar, y sentóse él también. Le dí un cigarro, y me hizo una señal para que fumase con él. Cuando me marché, vino siguiéndome cerca de media hora, pero silencioso siempre, y sin que pudiese yo adivinar cuál era su objeto. Le ofrecí dinero, y lo rehusó; entonces el genízaro quiso ahuyentarlo, y él hizo ademán de pegarle. Al observarme á mí mismo, eché de ver que yo, bárbaro civilizado, habia llegado á ser un objeto de curiosidad para un griego que se habia vuelto bárbaro.<sup>1</sup>

Mudados los caballos, partimos de San Pablo á las dos de la tarde, y tomamos el camino de la antigua Cinuria. A las cuatro nos advirtió el guia con un grito que íbamos á ser atacados; y con efecto, descubrimos en la cima de una montaña algunos hombres armados; pero éstos se limitaron á observarnos largo rato, sin hacer la menor demostracion hostil. Entramos en los montes Partenios, y bajamos hasta la orilla de un rio, cuya corriente nos guió hasta el mar, descubriendo muy pronto la ciudadela de Argos, y á Nauplia en frente de nosotros, y los montes de Corintia hácia Micenas. Aun quedaban tres horas de camino desde el punto en que nos encontrábamos hasta Argos, y era preciso costear el golfo, atravesando las marismas de Lerna, que se estendian entre nosotros y la ciudad. Pasamos cerca del jardin de un agá, donde observé álamos de Lombardía confandidos entre los cipreses, limoneros y naranjos, y otros muchos árboles que no habia visto aún en Grecia. Poco

<sup>1</sup> Estos griegos montañeses pretenden ser los verdaderos descendientes de los lacedemonios; y dicen, y con razon, que los maniotas no son mas que hordas de bandoleros bárbaros.

despues el guia perdió el camino, y nos encontramos en unas mezquinas calzadas, que sirven de senda entre pequeñas lagunas y terrenos inundados. Sorprendiéonos la noche en este conflicto, y era preciso á cada paso hacer saltar por anchos fosos á los caballos, que se espantaban de la oscuridad, de la gritería de las ranas, y de los fuegos fátuos que exhalaban las marismas. En esto cayó el caballo del guia, y como marchábamos uno en pos de otro, caimos también unos sobre otros en medio de un foso. Todos gritamos á la par, sin podernos entender, y por fortuna habia bastante agua para que pudieran nadar los caballos, y sobre ellos los ginetes. En esta caída se abrió la cisura de mi sangría, y sufrí un violento golpe en la cabeza. Milagrosamente salimos por fin de aquel pantano; pero tropezamos con la dificultad de no poder ya entonces llegar á Argos. Afortunadamente percibimos una luz á través de los cañaverales, y nos dirigimos allí, penetrados de frio, cubiertos de cieno, y espuestos á cada paso á hundirnos en algun lodazal.

La luz nos guió hasta una heredad situada en medio de pantanos, en las cercanías de la aldea de Lerna: acababan la siega, y los segadores yacian tendidos por el suelo. Al pasar nosotros echaban á correr, y huian como unos animales silvestres. Tranquilizámosles, y pasamos lo restante de la noche en su compañía, sobre el estiércol de las cabras, que fué el lugar menos puerco y húmedo que encontramos. Tendria derecho para quejarme de Hércules porque no mató del todo á la hidra de Lerna, pues cogí en este sitio mal sano una calentura que me fué mortificando hasta Egipto.

El dia 20, al rayar el alba, llegamos á Argos: el pueblecito que ocupa el lugar de esta célebre ciudad, es mas aseado y de mayor comercio que los demás de Morea. Su situa-

cion es muy hermosa, en lo interior del golfo de Nauplia ó Argos, y distante como legua y media del mar; teniendo á un lado los montes de Cinuria y de Arcadia, y al otro las alturas de Trezenia y de Epidauro.

Pero sea que mi imaginacion se entristeciese recordando las desgracias y los furoros de los Pelópidas, ó que realmente fuese así, las tierras me parecieron incultas y desiertas, los montes áridos y sombríos, especie de clima fecundo en grandes crímenes y en grandes virtudes. Fuí á ver lo que llaman las ruinas del palacio de Agamenon, las del teatro y las de un acueducto romano, y subí á la ciudadela, pues quise ver hasta la menor piedra que hubiese podido tocar la mano del rey de los reyes. ¿Y quién podrá alabarse de gozar alguna gloria, comparándose con estas familias celebradas por Homero, Eschylo, Sófocles, Eurípides y Racine? ¡Y cuán grande es la admiracion y la tristeza cuando al pisar estos lugares, se observa cuán poco queda de aquellas razas ilustres!

Hace ya mucho tiempo que las ruinas de Argos no corresponden á la grandeza de su nombre. En 1756 las halló Chadler en el mismo estado en que yo las he visto, y no han sido mas afortunados el abate Fourmont en 1716 y Pellegrin en 1719. Los que mas han contribuido á la destruccion de los monumentos de esta ciudad, han sido los venecianos, que emplearon sus ruinas en levantar el castillo de Palamides. En tiempo de Pausanias habia en Argos una estátua de Júpiter, notable porque tenia tres ojos, y aun mas por otra razon: Estenelao la habia llevado de Troya, y decian era la misma á cuyos piés habia sido muerto Príamo en su propio palacio por el hijo de Aquiles:

Ingens era fuit, juxtaque veterrima laurus,  
Incumbens aræ, atque umbra complexa Penates.



Pero Argos, que triunfaba sin duda cuando tenia dentro de las manos los penates, que tan mal defendieron á la familia de Príamo, presentó bien pronto ella misma un grande ejemplo de las vicisitudes de la suerte. En el reinado de Juliano el Apóstata, se hallaba ya tan decaida de su antiguo esplendor, que no pudo contribuir, por su pobreza, con la parte que le tocó para restablecer los juegos isthmicos. Juliano defendió su causa contra los corintios, y aun se conserva esta defensa entre las demás obras de este emperador (*Epis. XXV*), siendo uno de los mas singulares documentos de la historia de las cosas y de los hombrss. En fin, Argos, patria del rey de los reyes, formaba en la edad media el patrimonio de una viuda veneciana, la que se lo vendió á la república por quinientos ducados y una renta de doscientos. Coronelli copia este contrato: *¡Omnia vanitas!*

En Argos me hospedé en casa de un médico italiano, llamado Avramiotti, á quien Mr. Pouqueville vió en Nauplias habiendo curado á la hija mas pequeña de este viajero, atacada de un hidrocéfalo. Avramiotti me enseñó un mapa del Peloponeso, en el cual, junto con Mr. Fauvel, habia comenzado á escribir los nombres antiguos junto á los modernos; trabajo muy útil, y que solo han podido llevar á cabo personas que han residido mucho tiempo en aquellos países. Avramiotti se habia hecho rico, y suspiraba por volver á Italia. Dos cosas hay que renacen en el corazon del hombre á medida que crece en edad, y son la patria y la religion; porque aunque se olviden en la juventud, tarde ó temprano se nos presentan en toda su hermosura, y dispiertan en nuestro corazon el amor que tan justamente se dobe á su belleza. Hablamos, pues, de Francia y de Italia en Argos, por la misma razon que el soldado argivo que

acompañaba á Eneas se acordó de Argos al morir en Italia. Casi nada hablamos de Agamenon, aunque al otro día iba yo á ver su sepulcro. Teniamos esta conversacion en el terrado de una casa que dominaba el golfo de Argos, y tal vez desde allí mismo fué de donde aquella pobre mujer de que nos habla la historia, tiró la teja que puso fin á la gloria y á las aventuras de Pirro. Avramiotti me señalaba un promontorio que se distinguia al otro lado del mar, y me decia: "Allí puso Clitemnestra el esclavo que debia hacer la señal que indicase la vuelta de la escuadra de los griegos;" y añadió: "¿Ahora viene usted de Venecia? Me parece que haria yo bien en volverme allá."

Al día siguiente, al amanecer, me separé de aquel terrado en Grecia, y tomando nuevos caballos y nuevo guia me dirigí á Corinto. Parecióme que Avramiotti no habia sentido mi despedida, pues aunque me recibió con mucha cortesanía y atencion, creo, sin embargo, que mi visita fué para él estemporánea. Despues de una media hora de marcha, pasamos el Inaco, padre de Io, tan célebre por los celos de Juno. Antes de llegar á este torrente, se hallaba, saliendo de Argos, la puerta Lucina y el altar del sol. Media hora mas allá, al otro lado del torrente, debieramos haber visto el templo de Céres-Misiena, y mas allá aún el sepulcro de Tiestes y el monumento heróico de Perseo. Nos detuvimos casi en la misma eminencia en la que se hallaban estos monumentos en la época del viaje de Pausanias. Ibamos á dejar la llanura de Argos, cuya escelente y esacta descripcion se debe á una memoria de Mr. Barbier du Bocage. Al penetrar en las montañas de la Corintia, vimos detrás de nosotros á Nauplia. Llámase este paraje *Carnati*, y hay que dejar allí el camino para buscar un poco á la derecha las ruinas de Micenas. Chandler no

las encontró cuando volvía de Argos, y son muy conocidas en el día, por las escavaciones que mandó hacer en ellas lord Elgin en su viaje á Grecia. Mr. Fauvel ha hecho su descripcion en sus memorias, y posee las *vistas* Mr. de Choiseul-Gouffier; de ellas habia hablado ya el abate Fourmont, y Mr. Domonceaux las vió tambien. Pasamos por unos matorrales, y siguiendo una sendita, llegamos á las ruinas, que se hallan casi en el mismo estado en que las vió Pausanias, pues hace unos dos mil doscientos ochenta años que los argivos destruyeron hasta los cimientos de Micenas, envidiosos de la gloria que se habian adquirido sus ciudadanos, enviando cuarenta guerreros á que pudiesen con los espartanos en las Termópilas. Comenzamos el reconocimiento por un sepulcro que llaman el *sepulcro de Agamenon*, el cual es un monumento subterráneo de forma redonda, que recibe la luz por su media naranja ó cimborrio, y que solo es notable por su sencilla arquitectura. Entrase en él por una abertura que da á la puerta del sepulcro, la cual estaba adornada con pilastras de mármol azulado, sacado de los montes inmediatos. Lord Elgin hizo abrir este monumento y estraer todos los escombros que le tenian cegado; una puertecita con arco de medio punto sirve para pasar de la pieza principal á otra mas pequeña que examinada con detenimiento, no me parece pertenecia al sepulcro, pues no se observa ningun vestigio de pared. Restaba esplicar el uso á que estaba destinada la puertecita, que no era acaso mas que otra entrada del sepulcro. ¿Este, preguntaria yo ahora, ha estado siempre oculto bajo la tierra, como la rotunda de las catacumbas de Alejandría? ¿O se elevaba, por el contrario, sobre el nivel del suelo, como el sepulcro de Cecilia Metela en Roma? ¿Tuvo, por ventura, otra arquitectura exterior, y en este caso á qué orden per-